

mentaba una aversión invencible «por el reino de los justos y de los tontos en literatura», por las ineptias virtuosas, por las grandes convicciones que tartamudean, por los poetas que hacen de las musas las vivanderas de la libertad y que no tienen ninguna libertad de espíritu, por los filisteos de la demagogia, cuya vieja coleta está mal cubierta bajo el rojo gorro, por toda la raza de los insectos furiosos que zumban coléricos y profanan la nariz de los tiranos. No podía ni quería pertenecer á ningún partido; no consentía en dejarse encerrar en estrecho marco; al genio de la ingratitud y de la irreverencia unía el furor de la indisciplina, y su maravilloso buen sentido y su imaginación romancesca le impedían entregarse á nadie.

Después de haber renegado Alemania durante mucho tiempo de su poeta, afectando considerarle como desertor ó casi extranjero, «hoy—continúa Valbert—que está pobre de poesía, que á sus grandes dioses han sucedido los *dii minores*, seguidos á su vez de dioses minúsculos, trata de reparar sus pérdidas modificando sus juicios, y reivindica como su bien más querido á la oveja infiel que jamás quiso entrar en el redil, aplicándose á demostrar que, á despecho de las apariencias, Enrique Heine era un bueno y ferviente patriota, que sus epigramas no llevaban intención determinada, y que sus cóleras eran despechos amorosos. Hacen lo que un ilustre hombre de Estado decía de un celebre tribu-

no:—«Hay que tragarle, pero es necesario limpiarle». Y los nuevos biógrafos le limpian, le prestan graciosamente virtudes á que él daba poca importancia, firmeza de principios y rectitud de intenciones que se cuidó bien poco de tener, y á riesgo de atentar á su gloria de poeta, le hacen un buen hombre, cuando, á decir verdad, fué á veces un gran pecador. Pero vivía en un tiempo en que todos pecaban. Él dijo en broma:—«Soy el primer hombre de »mi siglo»; pero no fué más que el último gran hombre del anterior, y no conoció los nuevos tiempos.»

Uno de sus biógrafos alemanes, Robert Proelss (1), afirma que si Enrique Heine hubiera podido contemplar á Alemania tal cual hoy es, hubiera aprobado cuanto pasó, y sus epigramas se hubieran cambiado en hosannas. ¡Con qué alegría no habría visto á sus antiguos correligionarios emancipados de toda servidumbre y convertidos en iguales de los cristianos! En efecto, un predicador de la Corte de Prusia había descubierto que eran demasiado numerosos, y se ha disputado largamente acerca de la mejor manera de impedir su multiplicación, de volver á abatir su orgullo y reducirles á la nada. En estos mismos momentos el partido antisemítico vuelve á recrudecerse en Alemania, y Guillermo II impide se realice la idea de erigir una estatua al poeta en

(1) *Heinrich Heine, und seine Schriften nach den neuesten Quellen dargestellt*, von Robert Proelss. Stuttgart, 1876.

su ciudad natal, donde no hay otro monumento que le recuerde que una lápida puesta en la casa en que nació, que, según él mismo profetizara, habrán ido ya á visitar «las inglesas del velo verde». La idea había nacido en vida del emperador Guillermo I, y pareció viable durante el brevísimo reinado de Federico el Noble, ante el cual hubo de ceder la exaltación antisemítica del propagandista Stöcker; ahora el recién coronado Emperador se opone á su realización, cuando reunidos todos los elementos, y con el favor, no sólo popular, sino de altas personalidades aristocráticas y aun regias, algunas de las cuales perdonaban pasadas ofensas, como por ejemplo en Austria, se disponían á fundir la estatua del poeta más popular de Alemania, cuyos *Lieder*, como un tiempo los de Göthe, puestos en música por cualquiera (1), son la expresión de los sentimientos del actual pueblo alemán en fiestas y regocijos públicos.

También pretende Proelss (2) que si Heine volviera al mundo, se contaría entre los más profundos admiradores del Canciller del Imperio, á lo que Valbert replica muy oportunamente: —«Pero Heine no admiraba á Napoleón, al gran emperador, porque ganara por sí mismo sus batallas, sino que le amaba por su locura y por sus desdichas. Se puede ser un gran hombre de Estado y no tener nada que

(1) Especialmente por Schumann.

(2) Obra citada.

encante y seduzca á los ojos del poeta. Los políticos, los historiadores, han rendido justo homenaje al genio de Bismarck; pero las musas, esas divinas solitarias, no han encontrado nada que decirle. Ningún ruiñeñor ha cantado su gloria, que sólo ha sido celebrada por gorriones, por oscuros canarios, cuyo insípido gorjeo ha despreciado su difícil y soberbio oído.»

Kárpeles (1), más atrevido que Proelss, no teme aventurar que Heine ha hecho traición á su genio y renombre con ir á establecerse á Francia: «que la Babilonia de las márgenes del Sena ejerció funesta influencia en su talento y carácter». Aparentemente —dice Valbert,—perdió entre nosotros su original inocencia, mas en lo que concierne á su talento, se pensaba hasta hoy que había compuesto en París algunas de sus obras más importantes y acabadas, tales como su libro *Sobre Alemania*, sus *Dioses en el destierro*, *Atta-Troll*, el *Cuento de invierno* y el *Romancero*.

Si ha de creerse á Kárpeles—añade—Heine ha dado mucho á Francia y recibido poco de ella; no obstante, conviene en que Francia le dió su mujer; que, á tontas y á locas, amó tiernamente á su Matilde hasta su muerte, llamándola su ángel, y de la que, dirigiéndose á Dios, decía:—«¡Señor, déjame á

(1) *Heinrich Heine's, Biographie*, von G. Kárpeles. Hamburg, 1885.

su lado! Cuando la oigo charlar, mi alma bebe con delicia la música de su voz encantadora.» Sí, Francia procuró también á este voluntario desterrado, á quien trató como á hijo adoptivo, el reposo, las dulzuras de la vida, una pensión, amistades de que se gloriaba, todo un público de admiradores y apasionados, sin hablar de las fiestas que la *Revue des deux mondes* preparó más de una vez á su amor propio exigente, que tuvo á bien darse por satisfecho. Según Kárpeles, empleó todo el tiempo de su destierro en suspirar por Alemania. Sin duda debió echarla de menos con frecuencia. ¿Cómo no había de amarla? Allí era donde se hablaba su lengua, allí era donde vivían todos sus enemigos, y sus enemigos eran carne de su carne. Pero, después de todo, él abandonó á Alemania, que ésta no le arrojó, y se pasó veinticinco años en Francia, que no le había llamado, y de donde nada ni nadie le impedía salir.

La sobrina del poeta, María Embden-Heine, convertida después en princesa *della Rocca* (1), ha ido aún más lejos que Kárpeles; pues esta amable señora, de quien se sabe, con tanto gusto de su parte, que pasó algunas horas á la cabecera de su moribundo tío, y que con tanto elogio habla de la mujer que le cuidó ocho años, quisiera hacernos creer que hubiera vivido mucho más tiempo si hubiera podido respirar un poco de aire alemán y estrechar contra

(1) *Henrich Heine's und seine Familie.*

el suyo un corazón compatriota. No faltaban seguramente en París corazones alemanes; pero Heine los mantenía á distancia, y hasta á veces les cerraba su puerta, pues les acusaba de venirle á espiar á Francia para después difamarle en Alemania.

«La crítica alemana ha destruído más de una leyenda; pero en cambio ha creado otras—sigue el escritor antes citado.—Dentro de un siglo—dice—un nuevo Proelss ó un nuevo Kárpeles referirá que Enrique Heine era un gran poeta y un ferviente patriota, que alimentaba todas las virtudes germánicas, que, por su desgracia, fué á establecerse á París, donde contrajo el gusto de los placeres vedados y de las burlas profanas; pero que, roído por secreto arrepentimiento, había resuelto ir á respirar el aire natal, á purificarse en él, y que los franceses inventaron todo género de astucias para retenerle entre ellos; que murió de nostalgia, abandonado por su mujer, y sin haber tenido otra alegría que la de contemplar durante algunas horas el rostro querido de su sobrina la princesa *della Rocca*. En apoyo de esta leyenda se publicará una edición bien expurgada de sus obras, donde se conservará, por ejemplo, el principio de su poemita titulado *Insomnio* (1): «Por la noche, cuando pienso en Alemania, al punto »pierdo el sueño..... Hace doce años que no veo á mi »madre.....»; pero se suprimirá cuidadosamente la úl-

(1) Se titula *Pensamientos nocturnos* (Nachtgedanke).

tima estrofa: «¡Loado sea Dios! Por mi ventana pe-
 »netra un claro rayo del sol de Francia. Acude mi
 »esposa, bella como la aurora, y disipa con su son-
 »risa los cuidados alemanes.»

«Precisa—continúa Valbert—que los alemanes to-
 men su partido de una vez para siempre; Enrique
 Heine fué un poeta alemán que sólo podía vivir en
 Francia. Ocupará siempre en su literatura un lugar
 aparte, su gloria florecerá allí como planta exótica, y
 no tendrán derecho de reivindicarle como cosa suya
 hasta el día en que se decidan á considerar á sus
 judíos como verdaderos alemanes. Por carácter y
 genio, Heine era judío hasta la médula de los huesos.
 Renegó de la fe de sus padres, pero no pudo hacerlo
 de su raza. Se encuentra en la sustancia infinita del
 descreído Spinoza algo del Dios de Israel, del Dios de
 los ejércitos en quien las criaturas se desvanecen como
 el humo impulsado por el viento, ó se funden como la
 cera al fuego. Como Spinoza, Heine no ha perdido el
 sello que tenía al venir al mundo. Había nacido en
 Alemania, pero no había nacido alemán. Se encuentra
 en sus versos el perpetuo recuerdo de su origen, el
 cosmopolitismo burlón de un pueblo que hace siglos
 pasea de un extremo á otro de la tierra sus desgra-
 cias y su orgullo y que no puede tener más que
 patrias del momento. Este pueblo, que ha producido
 músicos, sabios, filósofos, produjo también un gran
 poeta que es á la vez un burlón incomparable en-
 cargado de ejercer sobre re-

yes, pueblo y dioses extranjeros sus justas represalias
 y sus venganzas.»

Algo exagerado anda el crítico francés en estas
 últimas afirmaciones, que al fin se resienten de ese
 eterno proceso abierto entre Francia y Alemania,
 pues nada tiene que ver que los alemanes sean in-
 justos con los judíos, para que uno de ellos, Heine,
 sea un poeta alemán, con su puesto, después de
 Göthe, históricamente determinado en la literatura
 alemana, pues ya Göthe siguió la misma vía, si
 bien con más cautela y diplomacia, sin atacar ni de-
 fender nada; «mas—como dice Quinet—encierra ya
 en sí todas las incertidumbres del hombre moderno
 sin dejarlas ver; es la síntesis de la nada»; y Heine,
 que es la encarnación de su época, no tuvo más que
 rasgar valientemente ese velo hipócrita que envol-
 vía al poeta que ya se atrevió á considerar la reli-
 gión como una especie de guardia civil contra los
 criminales. Que era judío de raza, ¿y qué importa,
 si no se enorgulleció de ello hasta muy tarde? Si no
 dejó de serlo más que en religión, fué porque su po-
 der no llegaba á más. En su obra *Las Confesio-
 nes* (1), nos dice que los méritos que el protestantis-
 mo tenía contraídos para con la libertad le llevaron
 á la Iglesia evangélica, luego el móvil no tenía nada
 de judío, y sí mucho de europeo, de alemán liberal,
 y es imposible desconocer que la educación, las ideas

(1) *Geständnisse*, tomo XIV de la colección.

y sentimientos que la sociedad en que vive aportan á un alma eminentemente receptiva, como lo es ia de los poetas, ha de contrabalancear con ventaja á ese misterioso espíritu de raza, que queda allá en el fondo, aunque algo visible, tornasolando no más ligeramente el conjunto.

Que á veces parece un poeta oriental; que tiene rencores crueles y amores dolorosos; la risa judaica y la imaginación semítica; que la Biblia ha moldeado su genio poético, dándole sus paisajes llenos de sol que la muerte ennegrece de pronto con su sombra; que él mismo decía en 1830: «He vuelto al antiguo Testamento. ¡Qué gran libro! Más notable que su fondo es para mí su forma, ese lenguaje, por decirlo así, producto de la Naturaleza, como un árbol, como una flor, como el mar, como las estrellas, como el hombre mismo. Es el estilo de una Agenda en que el Espíritu Santo ha escrito con la misma sencillez con que una buena ama de casa determina los gastos del día. La palabra se presenta en ella con una santa desnudez que estremece.» Que supo encontrar el secreto del *natural* perfecto, y su poesía está llena de esas bellezas desnudas que dan calofrío; que añadió al arte aprendido de Göthe y de Schlegel el de la Biblia. ¿Y esto es bastante para negarle un puesto en la literatura alemana? De ningún modo. Si es poeta oriental, lo es con más razón que Rücker, pues Heine llevaba algo en la sangre, en tanto que Rücker adquirió su orienta-

lismo por medio del estudio, y no obstante, nadie ha pensado en negar al eterno cantor de Oriente el título de poeta alemán. Que se ha formado en la Biblia. ¿Cuántos centenares de poetas que han escrito en todas las lenguas no se han formado en ella? ¿Cuántos no la han imitado, traducido y parafraseado? ¿No se ha difundido con el espíritu cristiano? ¿Se le ha ocurrido á alguien decir que Lutero no es un escritor alemán?

Heine es poeta, gloria de Alemania, el más popular después de Göthe, y hoy, tanto como éste lo fué en su tiempo, como gloria de Alemania son Lessing, Meyerbeer y tantos otros cuyo origen es judaico, y el pueblo alemán por tales les tiene, olvidando ante la belleza de sus producciones, que reflejan sus propios sentimientos, prejuicios que hoy tal vez sólo se agitan en las altas regiones sociales en las sordas cuanto terribles y enconadas luchas políticas.

*
*
*

De sus obras, de las que nos iremos ocupando á su tiempo con más detención, es difícil formarse al pronto una idea clara, y hasta es imposible clasificarlas literariamente; tal es el frecuente é inesperado variar con que en ellas entra la autobiografía, la crítica, la descripción, el filosofismo..... lo sublime, lo cómico, lo humorístico.....; son obras,

digámoslo así, esencialmente románticas, pero al mismo tiempo llenas de una verdad, de una observación, de una sencillez y naturalidad de lenguaje á que tal vez en vano aspiran obras de novísimos autores jactanciosos de ciencia y de naturalismo, porque el genio siempre adivinará, ó mejor, verá con alcance de telescopio lo que el talento, la asiduidad, sólo entreverán provistos del eterno monóculo, para llegar pedantescamente á donde jamás les sigue la imaginación fatigada del lector.

«Desde que enmudeciera la escuela de Uhland—dice Taillandier (1)—el autor del *Libro de los Cantares* se había apoderado de los ánimos, y, como una ligera frivolidad, á la serenidad del espiritualismo había sucedido la poesía loca, caprichosa, impía, que estalla á cada página de esta brillante colección que convenia maravillosamente á las disposiciones hostiles del espíritu alemán y aun las aguijoneaba. Esta boga empezó en 1827, en que apareció el *Libro de los Cantares*, y continuaba en 1831 cuando pasó á Francia, ocupándose en los dos años que siguieron á la revolución en la redacción de crónicas políticas (el *Estado de Francia*) para la *Gaceta de Augsburgo*, y después en la de los estudios *Sobre Alemania*, trabajos políticos y polémicos que apartaron á Heine del

(1) *La littérature politique dans l'Allemagne*. III. Revue des deux mondes. 1845. 15^{ème} année. Nouvelle serie. Vol. XI, pag. 297-332.

cultivo de la poesía pura. En 1840, Herwegh, Dingelstedt, Hoffmann de Fallersleben, Prutz, Freiligrath y otros, conmovieron á Alemania con sus canciones políticas, Heine pareció sobrepujado, y quizá se le olvidaba ya, cuando de un solo salto se les une, entra en el *forum*, se lanza en la pelea, y con las inesperadas evoluciones de su caprichoso pensamiento, turba, inquieta á sus nuevos amigos, tanto como asusta á sus adversarios, con la publicación de sus *Nuevas poesías* (*Neue gedichte*).»

Vemos, pues, distinguidas tres épocas en su vida literaria: primera de 1821-1830. En 1821 aparecieron sus primeras poesías, *Penas de la juventud* (*Junge Leiden*), que pasaron sin que apenas nadie se fijara en ellas; en Agosto de 1824 fué silbada en el Teatro Nacional de Brunswick (1) su tragedia *Almanzor*, obra novelesca, que contiene falsas imitaciones de Shakespeare, polémicas religiosas y poesías humorísticas; tragedia que tenía por compañera otra titulada *Ratcliff*, que no se representó, publicándose las dos en 1823 en un tomo, separadas por un poema titulado *Intermedio lírico*, modelo de poesía subjetiva.

El primer éxito de Heine fué la aparición de los *Cuadros de viaje* (*Reisebilder*), en 1825-31, de cuyo efecto sobre el público alemán algo se ha dicho ya

(1) Dícese que la silba fué provocada por un militar que creyó que la obra era de un aborrecido usurero de apellido igual ó parecido al de Heine.

incidentalmente. Llenos de brillantez unas veces, de sencillez otras, de descripciones bellas y observaciones agudas que le hacen merecedor de la brillante acogida que obtuvo, por más que en algunos pasajes se deje llevar de los sentimientos irónicos que aparecen en casi todas sus obras. Por último, viéndose ya favorablemente acogido, hizo una nueva edición de sus poesías, en la que tuvo cuidado de suprimir todos los trozos cuya excesiva desnudez había disgustado a sus lectores, rejuveneciéndolas con el título de *El libro de los Cantares* (*Das Buch der Lieder*), que fué afortunado, pues sus *Lieder* fueron leídos ávidamente y difundidos por la juventud universitaria. Gran número de sus cantos son de una belleza exquisita, y exhalan un perfume poético que sólo se halla en los de la juventud de Göthe. Esta obra, pues, fué la consagración del poeta, el coronamiento del primer período de su vida literaria, y en ella se hallan incluidos el *Intermedio lírico* antes citado, y poesías intercaladas en los *Reisebilder*.

La segunda época comprende desde 1830 a 1840. Hasta 1830 había reflejado Heine en sus escritos las ideas de un «bueno y leal súbdito alemán»; pero una vez que la revolución de Julio despertó los dormidos espíritus, el joven poeta, que ya se había revelado en ciertas atrevidas frases de los *Reisebilder*, se lanzó en la oposición, é hizo aparecer en Hamburgo un libelo titulado: *Kahldorf über den Adel, in Briefen an den*

Grafen M. von Molke (Kahldorf) (1) sobre la nobleza, en carta al señor Conde de Molke) y fué a establecerse a París. Aunque el autor nada nuevo dice en esta obra, se ve, no obstante, que se ha colocado al lado de los descontentos.

Dos años después publicó sus libros: *Ensayo sobre la historia de la bella literatura moderna en Alemania* (*Beiträge zur Geschichte des neuen schönen Literatur in Deutschland*), Hamburgo, 1833, que después, al publicarla en Francia (París, 1835), tituló *De la Alemania* (*Ueber Deutschland*). En esta obra despliega el autor todo su numen y toda su natural ironía contra la «vieja Germania», distinguiéndose sobre todo las páginas consagradas a Lutero y a la narración de las fases de la filosofía alemana desde Kant. Pero—según Mœurer—sus juicios referentes a escritores contemporáneos tienen, en general, más brillo que solidez; se ve en ellos que trata más bien de poner en relieve su propia personalidad, que de hacer justicia a otros hombres que, por otra parte, se habían adquirido incontestable reputación, son flagelados despiadadamente; hasta su antiguo maestro y amigo Augusto Guillermo Schlegel es destrozado por su mordacidad (2).

En 1831 comenzó a escribir para la *Gaceta de Augs-*

(1) Aldea pelada.

(2) Germán Mœurer, *Art. H. Heine, dans la Nouvelle biographie general..... Fermin Didot frères, sous la direction de M. LeDr. Hoefer*. Tomo XXIII, páginas 779-782.

burgo una serie de artículos sobre el estado de Francia, que más tarde reunió en un volumen, publicándolos en alemán bajo el título de *Frasösische Zustände* (*Estado de Francia*), Hamburgo, 1833, y en francés bajo el de *Lutèce*. Hay en esta obra páginas elocuentísimas, y como estilo es uno de sus trabajos más acabados, pero los retratos que traza de los hombres políticos revelan cuán ingrato era con los que le concedieran generosa hospitalidad. Su *Salón* (Hamburgo, 1834) ofrece una reunión interesante, por más que el principal *causeur* sea un charlatán prolijo que cuenta sobre muchos asuntos más de lo que sabe; pero como hombre de ingenio, sale siempre del paso con gran contentamiento del lector. Su folleto sobre Luis Börne (*Heinrich Heine über L. Börne*, Hamburgo, 1838), es una acerba crítica en que ataca la memoria de un hombre de reconocido mérito y patriotismo, y que acababa de morir. Por último, su *Atta Troll* (1841) es una obra satírica de primer orden, en que bajo el tipo del oso, verdadero tipo del oso alemán, se burla despiadadamente de las extravagancias de sus compatriotas, y que se publicó en una revista literaria de mediana importancia, *Gaceta del mundo elegante* (*Zeitung für die elegante Welt*) á guisa de folletín.

La tercera y última época comprende propiamente desde 1844 hasta su muerte (1856.) Heine, que comenzara por una parte del *El libro de los Cantares*, desde entonces sólo había insertado versos en pe-

riódicos, en sus obras de crítica y en su *Salón*, terminando por el ingenioso *Atta-Troll*; en 1844 dió á luz un libro, un libro nuevo, completo, una obra en la cual parecía fundar grandes esperanzas, y en el que la musa viene á dar cuenta de su largo silencio á los que tan bien le acogieran. «En efecto — dice Saint-René de Taillandier (1) — ¿qué ha sido de ella durante quince años? Heine ha escrito mucho en este tiempo, y no es todo oro en sus brillantes producciones. El ardiente escritor que nos ha pintado á Alemania desde Lutero, el ingenioso narrador de *Los Baños de Lucca* y de las *Noches florentinas*, á veces ¡ay! ha empañado los dones encantadores de su inteligencia en disipaciones enfadosas; ha adquirido deplorables hábitos de la planta baja de nuestra literatura cotidiana, malgastando su pensamiento y no respetando siempre su pluma. El libro que publicó en 1840 con el arrogante título de *Enrique Heine sobre Luis Börne* (*Heinrich Heine über Ludwig Börne*), contenía, en medio de pasajes excelentes é irreprochables, una burla cínica é impía, con que profanaba la tumba apenas cerrada del eminente publicista (2). Tenía manchas en su legítimo renombre, y un espíritu sincero debía tener reparo

(1) Artículo citado.

(2) Atizado por la ira de verse pospuesto injustamente á este escritor, porque Alemania veía en él más patriotismo, y quien había escrito también su *Juicio sobre Heine* (*Urtheil über H. Heine*).

en hablar de él. He aquí una ocasión de borrar sus faltas.

En las *Nuevas poesías* hace una repentina irrupción en el campo de los tribunos, pero el regocijado libelo *Alemania, cuento de invierno*, está en ellas cubierto y disimulado bajo todo género de velos, y es preciso llegar á él por rientes avenidas. Empieza por canciones llenas de pura y casta pasión á lo Uhland y Schubert, que hacen olvidar sus burlonas páginas de ayer, porque hay en Heine dos poetas: el compatriota de los artistas citados y el poeta parisien que ha bebido en las fuentes vivas de Villon, de Lafontaine y de Voltaire, á veces por él enturbiadas.

Tras un desfile de cortesanas de baja estofa vienen las *Poesías de circunstancias (Zeitgedichte)*, en que aparece el periodista, el narrador chispeante, el humorista atrevido y caprichoso.

Como poeta político, tiene seguramente mucho ingenio, pero está solo en su partido, pues el más ingenioso y atrevido de sus colegas, Dingelstedt, Prutz ó Herwegh, no querría combatir á su lado, sobre todo por el tono desenvuelto, por la manera irreverente con que trata las cosas sagradas del país, y que le ha enajenado la simpatía de sus compatriotas. Saben éstos que no pueden contar con el humorista caprichoso é indisciplinado, que á pesar de decir que no pertenece á los *perros*, sino á los *lobos*, se burla de los recuerdos de la Germania una y vigo-

rosa, y de los mismos que tratan de despertar el en otros tiempos poderoso espíritu de su pueblo.

Sin embargo, el autor que rompiera las primeras lanzas en pro de la libertad en los *Reisebilder*, es su defensor, y se encara con el Rey de Prusia, diciéndole que se puede ofender impunemente á los dioses antiguos y modernos, pero no á los poetas, «pues ninguna divinidad le librará de las llamas que cantan.» Y al resumir su poema en este altanero apóstrofe, acaba Heine de romper con sus hábitos diplomáticos tan reprochados, estando su novedad en la franqueza y viril audacia de sus principales pasajes; mas Heine hiere demasiado cruelmente á Alemania para poder dirigirla; es incorregible, y por más que se reconcilie con los lobos y se haga amonestar por la diosa Hammonia, humillándose ante sus reflexiones, á la primer ocasión vuelve á las andadas.

Por esta época empezaron á manifestarse los ataques primeros de su enfermedad, teniendo que acudir en 1845 á los baños de Baresges, para sepultarse en el lecho en 1848. En 1851 publica el *Romancero*, que contiene bellísimas composiciones, tales como la del poeta Firdusi; vuelve á Dios, «como el hijo pródigo, después de haber guardado puercos con Hegel», y se despide de sus lectores; pero aun escribe las *Lamentaciones* (Libro de Lázaro), en que exhala sus sufrimientos, en 1854, y termina con las *Melodías hebraicas*, cuyos últimos títulos revelan la vuelta á la Biblia, al libro de sus ascendientes, donde en

los sufrimientos de Job encuéntrase en cierto modo retratado, reconociendo la necesidad «de creer en un Dios que pueda servirnos de algo», proporcionarnos un consuelo y hacernos concebir una esperanza.

*
*
*

Respecto á la colección de sus obras, nos dice Strodmann (1): «Años hace que el público esperaba con impaciencia se publicase la colección de las obras de Heine, y sin duda tiene derecho la nación á recorrer, por fin, la obra literaria de este extraño ingenio, dispuesta en ordenada serie. Amor y odio, admiración y fanático encóno saludaron la aparición de cada una de las obras del poeta, pero no podía pronunciar la crítica su última palabra, en tanto que gran parte de sus escritos aparecieran, no sólo en forma incompleta, sino arbitrariamente desfigurados por la censura, pues el mismo Heine se vió más de una vez en la precisión de manifestar públicamente que muchos de sus libros «no habían »sido impresos como él los escribiera», que «se había »perdido completamente su primitiva tendencia, á »causa de las grandes é innumerables alteraciones», y que no se atrevía á protestar de mutilaciones tales esencialísimas algunas y debidas á manos extrañas y hasta á negar la legitimidad de dichas obras, «sólo por temor á malas interpretaciones (2).

(1) *Ankündigung zum Heinrich Heine's sämtliche Werke. Hamburg, 1876.*

(2) Compárese el prólogo de Heine á la 2.^a edición de su *Hi-*

»No es preciso examinar extensamente las causas por que hubo de retardarse hasta 1848 la aparición de la edición colectiva de las obras de E. Heine, aumentada con nuevos materiales, y decidida ya en 1837. La persecución que la Dieta federal llevaba á cabo contra los escritos de la *Joven Alemania*, la vigilancia oficial que se ejercía durante un año sobre todas las publicaciones del poeta, la prohibición de la edición de Campe en muchos Estados alemanes, todas estas vejaciones restrictivas adquirieron triste celebridad en la historia de nuestra libertad de imprenta, y autor y editor convinieron en dilatar la publicación colectiva hasta un tiempo en que dicha empresa pudiera contar con el imparcial vistobueno de la respetable censura alemana.

»Por fin en el año de 1848 abolióse, entre otras molestias y trabas de la libertad de pensar existentes en nuestra patria, la aborrecida institución de la censura, cuyos miembros estaban por «encima »de toda responsabilidad», y contra cuyas autocráticas decisiones no podía apelar el desamparado escritor ni su editor. Pero la época agitada y borrascosa del año de la revolución y de los que inmediatamente

toria de la religión y de la filosofía en Alemania, el prólogo á la *Escuela romántica y al Estado de Francia*, la aclaración sobre el *Espejo de Suabia* en la *Gaceta del mundo elegante (Zeitung für die elegante Welt*, año de 1839, núm. 28, pág. 112), y especialmente el opúsculo *Sobre los denunciantes*, de donde están tomadas las palabras que se citan.

le siguieron, época de triste desaliento transcurrido bajo el imperio de una reacción brutal, mostróse hartó poco favorable á la realización de toda empresa literaria que no se dedicase exclusivamente á resolver las cuestiones políticas del momento, para que hubiera podido esperarse entonces que apareciera la edición de las obras de Heine.

»Mientras tanto, dedicábase el autor asiduamente, en sus últimos años de enfermedad, á preparar la edición francesa de sus obras, que en gran parte por él fué coleccionada y revisada, y se imprimió en 1855-59 en casa de Michel Lévy Frères, en París, en siete tomos en 8.º Pero de ningún modo puede considerarse ésta como una colección completa de sus trabajos literarios, aunque sí contiene numerosos pasajes que fueron suprimidos por la censura en las ediciones alemanas de las mismas obras» (1).

Después de la muerte de Enrique Heine, ocurrida en 17 de Febrero de 1856, el editor de la colección de sus obras, Julio Campe, puso empeño en comenzar cuanto antes á publicar la edición alemana. Encontróse entre los papeles del poeta una disposición especial de la que había dos copias, en la que se exigía del Sr. Campe la promesa de ajustarse estrictamente en la publicación á un orden por él establecido. Campe visitó, ante todo, á la viuda y heredera

(1) A pesar de que la colección francesa ha llegado á tener 12 volúmenes (1868), aun es muy incompleta.

universal de Heine, con objeto de conseguir la entrega de dicha disposición; mas, por desgracia, resultaron inútiles sus reiteradas instancias, hechas en diferentes formas; la caprichosa señora opuso á sus legítimas exigencias el más obstinado silencio, ofreciéndole, por último, en vez de la disposición exigida, un olvidado tomito de poesías de su marido, en gran parte fragmentarias y hacía tiempo publicadas, mediante los exorbitantes honorarios de 30.000 francos. Y después de haberse retardado en la indicada forma, por culpa de la viuda de Heine, más de cinco años, y de haber muerto también el Dr. Rud. Christiani, á quien aquélla había designado como editor de la colección, se ha visto precisado el editor á emprender la publicación de las obras, con el sentimiento de no haber podido lograr la disposición redactada por el mismo Heine, encargando á Strodtmann de la preparación del original.

En las cartas de Heine dirigidas á su editor, hállanse, sin duda, dos disposiciones para ordenar la edición alemana; pero datan ambas de lejana fecha (1846 y 1848), y no podrían, por lo mismo, tenerse mucho en cuenta, á más de que están redactadas precipitadamente, y sólo bajo el punto de vista editorial.

En dicha colección se ha seguido en lo esencial, y hasta donde ha sido posible, el orden establecido por el poeta en la edición francesa. La disposición

de las obras es, con pequeñas modificaciones, la siguiente:

Tomo I.—*Cuadros de viaje*. 1.^a parte. (Viaje al Hartz.—Norderney.—Ideas. El libro *Le Grand*.)

Tomo II.—*Cuadros de viaje*. 2.^a parte. (*Italia*: Viaje de Munich á Génova.—Los baños de Lucca.—La ciudad de Lucca.—Post-scriptum.—Epilogo.)

Tomo III.—*Fragmentos ingleses*.—Doncellas y matronas de Shakespeare.

Tomo IV.—*Fragmentos novelísticos*. (El Rabbi de Bacharach.)—Memorias del señor de Schnabelwopski.—Noches florentinas.

Tomo V.—Acerca de la historia de la religión y de la filosofía en Alemania.

Tomo VI.—La escuela romántica.

Tomo VII.—Espíritus elementales y demonios. (Espíritus elementales.—El doctor Fausto.—Poema-baile.—Los dioses en el destierro.—La diosa Diana.)

Tomo VIII.—Estado de Francia. 1.^a parte.

Tomo IX.—Estado de Francia. 2.^a parte. (Lutetia.)

Tomo X.—Estado de Francia. 3.^a parte. (Pintores franceses.—Sobre la escena francesa.—Apéndice á Lutetia.)

Tomo XI.—Sobre Luis Börne. (Según deseo de Heine, con exclusión de los pasajes referentes á madama Strauss.)

Tomo XII.—Escritos misceláneos.

Tomo XIII.—Poesías. 1.^a parte. (Libro de los Can-

tares.—Apéndice de poesías más antiguas y traducciones.)

Tomo XIV.—Poesías. 2.^a parte. (Tragedias.—Romances y baladas.)

Tomo XV.—Poesías. 3.^a parte. (Atta-Troll.—Alemania.—Poesías de circunstancias.)

Tomo XVI.—Poesías. 4.^a parte. (Lamentaciones.—Melodías hebraicas.—Últimas poesías.)

Tomos XVII y XVIII.—Cartas (1).

Al colocarlos en este orden—dice Strodtmann—que se recomienda por sí mismo, se propuso, ante todo, el editor hacer resaltar lo más posible la unidad interna, la correlación ideal de las diferentes obras del poeta. Heine mismo sabe (prólogo de la 2.^a edición del *Libro de los Cantares*), y hace gran hincapié sobre ello, «que tanto sus escritos poéticos como políticos, teológicos y filosóficos, se originan de un mismo pensamiento.» «Al fin, nada importa—dice en el epilogo del *Viaje al Hartz*—cuándo y cómo se ha dicho una cosa, con tal que se diga, que es lo principal. Bien puede una obra seguir siendo un fragmento, cuando en su conjunto forma un todo, pues mediante esta correlación, se pueden

(1) Las modificaciones han sido las siguientes: Hasta el tomo VIII la edición alemana va con arreglo al plan. El *Estado de Francia*, que tiene asignados tres tomos, ha ocupado cuatro (VIII-XI); *Luis Börne*, el XII; *Los escritos misceláneos*, los XIII y XIV; *Las poesías*, del XV al XVIII, y no se publicaron las cartas.

completar acá y allá muchos pasajes deficientes, allanar escabrosidades y dulcificar asperezas.»

Sólo por una razón externa renunció el editor á comenzar la colección por las poesías, y esta razón era la esperanza de procurarse, mientras publicaba los demás tomos, por medio de los hermanos y amigos del difunto, no sólo multitud de artículos y cartas, sino también, y especialmente, poesías póstumas de E. Heine, y gran número de otras inéditas ó esparcidas en periódicos, pertenecientes á sus primeros tiempos.

El criterio seguido al preparar la edición colectiva de las obras de Enrique Heine, es, en pocas palabras, el siguiente (1):

«Consideré, ante todo, como un deber mío el comparar cuidadosamente, línea por línea, las nuevas ediciones de cada obra con sus correspondientes originales manuscritos, y cuando no podía procurarme éstos, con las ediciones alemanas más antiguas y con las diferentes ediciones francesas. Mediante esta penosa comparación, logré limpiar la presente edición de un considerable número de perturbadoras erratas, y llenar completamente los huecos abiertos en gran parte por la censura, que en muchos tomos llegaban á dos ó tres pliegos. Un breve prólogo que precede á cada tomo dará exacta noticia de estos complementos. Y á fin de alejar la injuriosa sospe-

(1) Strodtmann. *Ankündigung*.

cha de que en la edición francesa de sus obras haya adulado Heine al público francés de un modo nada patriótico, al hacer cortes y alteraciones arbitrarias y esenciales, he añadido á cada tomo un catálogo exacto de todas las alteraciones y una traducción literal del prólogo francés. Así, los que posean la edición alemana, con poco trabajo pueden formar juicio propio acerca de la razón ó sinrazón de este cargo.

»Con la publicación de las cartas, que en parte ofrecen interesantísimos datos acerca de las tendencias literarias y políticas del poeta y de su tiempo, no se ha pensado, ni mucho menos, en dar un escándalo odioso, ni nos hemos dejado llevar de la manía de hacer libros. No atentamos con su publicación ni á la piedad que debemos á los muertos, ni á las consideraciones debidas á los vivos. Preciso es hacer esta afirmación severa frente á la desvergonzada explotación que, con el interés que despierantan los grandes hombres difuntos, ha intentado en estos últimos años un pretendido amigo de Heine, publicando varios tomos de poesías y cartas de dudosisima autenticidad (1). Logré adquirir, entre otros

(1) Véase acerca del *Suplemento á las obras de E. Heine*, de Steinmann (Nachträge zu H. Heine Werken), etc., la *Aclaración de Alfredo Meissner* de 8 de Junio de 1861, en el núm. 70 de la *Reform* de Hamburgo, y el artículo de Strodtmann *Sobre el pseudo-Heine de Steinmann*, en los números 82 y 83 del *Freischütz* del mismo año.—«No es de creer—escribe Meissner en

valiosos materiales, para esta edición la *corrsepondencia habida entre Heine é Immermann*, hasta hoy inédita,

otro lugar—que Heine, de quien se sabe con qué extremo cuidado guardaba sus producciones, no haya conservado entre la totalidad de sus papeles, ni en original ni en copia, una sola de las poesías publicadas por Steinmann. Ahora bien, por deseo de la viuda, he repasado hoja por hoja todos sus papeles, y esto pocas semanas después de su muerte, cuando toda su cina se hallaba probablemente en el mismo estado en que Heine la ordenara por última vez, y no he encontrado una sola composición de las publicadas por Steinmann que me fuera conocida por haberla visto entre ellos.»

Para aclarar las relaciones *amistosas* del Sr. Steinmann respecto á Enrique Heine, publica Meissner una declaración de este último tomada de la *Gaceta del mundo elegante* de 8 de Febrero de 1843. Heine, de quien ya entonces Steinmann había hecho imprimir sin su permiso todo género de cartas particulares, dice allí textualmente: «Hace más de diez y ocho años que no sólo no estoy en íntima relación con el Sr. Steinmann, sino que ni siquiera me trato en lo más mínimo con él, y no sé que circunstancia externa puede autorizar esa enojosa publicación de cartas privadas. Debo, pues, protestar resueltamente contra tan intolerable conducta.» Meissner enlaza con esto una oportuna observación: «Después de esta carta, que suena á protesta anticipada contra el publicador de sus obras póstumas, es verdaderamente extraño que en las *Poesías de E. Heine*, publicadas por el Sr. Steinmann, se encuentren aún diferentes *poesías*, que aquél le envía, de su *Bóveda sepulcral* (Matratzengruft), y en las *Cartas*, ver que la antigua amistad sigue subsistiendo hasta el día de su muerte, amistad que llegó á ser tal, que para darle una muestra de ella, le envió unos sesenta epigramas referentes al Parlamento de Francfort.» Y añade Strodttmann: «Ya he demostrado en otro lugar, con documentos, que el Sr. Steinmann no sólo no ha dado la prueba, categóricamente ofrecida, de la autenticidad de las producciones que ha publicado bajo el nombre de Heine, sino que, según sus propios datos, se ha enredado en un tejido insostenible de embustes, y por tanto, ha levantado contra sí la actual sospecha, sumamente verosímil, de haber incurrido intencionalmente en una falsedad literaria.»

ditada, que arroja brillante luz sobre los trabajos de la juventud del primero y sobre los lazos de amistosa intimidad literaria que unieron á ambos ilustres genios. Al mismo tiempo tuve la satisfacción de recibir, por carta, parte del manuscrito original del *Atta-Troll*, gracias á la bondad de Mr. (1) Enrique Laube, á quien Heine le entregara allá por los años de 1833, y que sin duda contenía el programa confidencial del combate que en aquel tiempo se libraba en los campos teológico y político.

»Por mucho que me esfuerce por coleccionar en los tomos que van á seguir, todos los trabajos literarios de Heine, sólo pueden ser admitidas en ellos, como es natural, las producciones que se reconozcan con la más absoluta certeza como procedentes de él. Por tanto, suplico encarecidamente á cuantos posean cartas inéditas, manuscritos ó materiales salidos de la pluma de Heine y esparcidos en periódicos, almanaques, etc., me envíen tales papeles, *en su original* á ser posible y sin demora, dirigiéndolos á la librería de Hoffmann y Campe, en Hamburgo.»

»Por último—añade—quizá estaría aquí en su lugar decir algo acerca de la ortografía de esta edición, algo extraña á primera vista. Heine, al publicar sus obras, no siguió con preferencia leyes ortográficas

(1) Abreviación de *Meinherr*, igual al *Monsieur* francés, *Señor mío* y que no traduzco por Señor sino cuando va precediendo el apellido sólo, que es como se usa en castellano. También en alemán suele ponerse sólo *Herr*. = Señor.—(N. del T.)

determinadas; es completamente inconsecuente, por lo general, en este punto. No es raro que escriba en una misma línea *Nation* y *Nazion*, *social* y *Sozialismus*, *Kommüne* y *Communist*, *Gluth* y *Glut*, *Reiter* y *Reuter*, *sein* y *seyn*, *bei* y *bey*, etc. (1). Era difícil tomar decisión alguna en este punto, que no promoviera dificultades. Puesto que, después de todo, la ortografía de Heine jamás se ajustó, á lo que parece, á las tendencias de la escuela histórica, sino predominantemente á la ortografía usual, me pareció lo mejor seguir en este punto á Daniel Sanders, que en su *Diccionario de la lengua alemana* considera como norma preferible la escritura generalmente usada, si bien en caso de duda debe emplearse la más precisa. Si acá y allá, en la revisión de los dos primeros tomos se ha escapado alguna pequeña transgresión de las reglas de ortografía seguidas por el Sr. Sanders, me atrevo á solicitar desde luego la indulgencia del lector, pues tuve que arreglarme mal y de mala manera con las entregas que habían aparecido de dicho *Diccionario*, entonces á medio publicar. Debo consignar, además, que no me he permitido hacer alteración alguna gramatical en el texto de Heine.»

Con arreglo á esta colección, nos proponemos pu-

(1) Esto constituye una dificultad para la traducción, y no se limita la indecisión á las consonantes, sino que también la hay en las vocales, desfigurándose las palabras á veces hasta lo indecible.—(N. del T.)

blicar en castellano una, la más completa posible, de las obras de Heine, tomándonos el trabajo de llevar aún más allá la tarea no acabada de Strodttmann, comparando nuestra traducción con el texto francés de las obras que total ó parcialmente á este idioma fueron traducidas, é incluyendo por nota las variantes que con frecuencia ha solido introducir el autor, proporcionando así al lector las obras, no sólo en su integridad, sino también en las vicisitudes por que han pasado á través del móvil espíritu de Heine.

*
* *

Poco tiene el trabajo que precede que pueda considerarse de nuestra cosecha, pero seguramente agradecerá el lector que hayamos hecho el sacrificio de nuestra insignificante personalidad, dejando hablar á escritores que conocieron á Heine y pudieron apreciar su carácter, y comprender mejor el de sus obras, ó que al estudiarlas tienen la garantía de un nombre más ó menos acreditado en la república de las letras. En la biografía nada se puede inventar; si ha de ser tal, no queda más que referir hechos, y sabido es que deben ser preferidas las fuentes directas para conocerlos. En la apreciación ó juicio de los mismos, hemos procurado beber en buenas fuentes, y espigar, tal vez con prolijidad, en el campo feraz de tantos y tantos trabajos como sobre Heine se han publicado, permitiéndonos rara vez aventurar

LXVIII.

algún juicio nuestro ó consignar algunos hechos recientes, á fin de que esta noticia encierre en lo posible las que acerca del autor y de su póstuma gloria y desgracia pueden ofrecer interés.

EL TRADUCTOR.

CUADROS DE VIAJE.